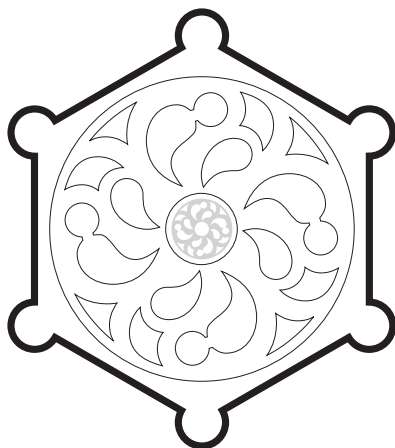


MEMORIAS
DE IDHÚN
III



Panteón

LAURA GALLEGO GARCÍA

Primera edición: septiembre de 2004

Décima edición: junio de 2012

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Gabriel Brandariz
Diseño: Alfonso Ruano y Pablo Núñez
Mapa: José Luis Navarro

© Laura Gallego García, 2006
www.lauragallego.com
www.memoriasdeidhun.com

© Ediciones SM, 2006
Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-1148-2

Depósito legal: TO-0534-2010

Impreso en la UE / Printed in EU

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*Para la persona a la que estaba destinada esta historia,
no importa dónde se encuentre.*

*Para todos aquellos que se sienten un poco idhunitas
cuando se pierden en las páginas de este libro.*

*Para todo aquel que haya soñado alguna vez
con un cielo iluminado por tres lunas.*

*La energía de la tierra necesita ser renovada.
Las ideas nuevas necesitan espacio.
El cuerpo y el alma necesitan nuevos desafíos.*

PAULO COELHO, *Maktub*

LIBRO V



Convulsión

I PIEDRA Y HIELO



A magia no era suficiente.

Se había dado cuenta muchos días atrás, pero simplemente no había querido creerlo. Por pura obstinación había seguido su marcha hacia el norte, siempre hacia el norte, aun cuando ni todos los hechizos térmicos eran ya capaces de mantener su cuerpo caliente, aun cuando hacía ya días que su montura había caído sobre la nieve, abatida por el frío y la inanición.

Pero él había continuado su viaje a pie, cojeando. Y ahora sabía que estaba muy cerca: los conjuros localizadores no podían haberse equivocado.

Y, no obstante...

Se detuvo un momento, tiritando. Se pasó la lengua por los labios amoratados y miró en torno a sí, desorientado. La ventisca confundía sus sentidos; la cortina de nieve le impedía ver qué había más adelante, y el sordo sonido del viento lo aturdí sin piedad. Buscó algún punto de referencia, pero ni siquiera fue capaz de distinguir los picos de las montañas en la oscuridad.

Ya no tenía fuerzas para abrir un túnel seco entre la tormenta de nieve. La magia lo abandonaba poco a poco, y apenas conseguía mantener su cuerpo caliente.

Cuando fue consciente de que sentía el frío, comprendió de pronto que, si el hechizo térmico ya no funcionaba, ningún otro lo haría tampoco. Tenía que detenerse, descansar en algún sitio, buscar un refugio. Se volvió hacia todos lados, pero solo el viento y la nieve respondieron a su muda petición de auxilio. Se echó sobre las manos el poco aliento que le restaba y siguió caminando, abriéndose paso a duras penas por la helada tierra de Nanhai.

Volvió a detenerse unos metros más allá, sin embargo. Sus sentidos de mago le alertaban de un peligro indefinido, oculto en algún lugar de la tormenta. O tal vez su intuición, al igual que su magia, le estaba fallando también.

No tuvo tiempo de preparar un hechizo de protección antes de que la bestia se le echara encima.

El mago ahogó una exclamación y pronunció instintivamente las palabras de un conjuro defensivo; pero nada sucedió: la chispa de su magia no prendió, su poder no acudió a su llamada.

Tuvo apenas un instante para echarse a un lado y rodar sobre la nieve, tratando de alejarse del animal, pese a que sabía que, una vez en el suelo, ya no tendría escapatoria. Se arrastró como pudo, pero la bestia ya cargaba de nuevo contra él. El mago dio media vuelta y alzó los brazos, para protegerse, en un movimiento instintivo completamente inútil.

Y, cuando las garras de la bestia se hundieron en su carne, el joven hechicero gritó de dolor y de terror, y se preguntó con incredulidad cómo era posible que hubiera llegado tan lejos para acabar de aquella manera.

La bestia coreó su grito con un gruñido. Pero, inesperadamente, dio un respingo, y emitió un lastimero aullido de dolor. Hizo un esfuerzo por alejarse de su víctima, pero las patas no le obedecieron. El mago lo vio echar la cabeza hacia atrás, abrir las fauces en un grito silencioso, poner los ojos en blanco... y después, la enorme bestia cayó pesadamente sobre él: muerta.

Tardó un poco en asimilar la idea de que, de alguna milagrosa manera, se había salvado. Se arrastró como pudo desde debajo del voluminoso cuerpo del animal, jadeando y sujetándose el vientre ensangrentado, dejando un rastro carmesí sobre la nieve. No quiso pensar en que, aun con la bestia muerta, en su estado sería muy difícil salir vivo de allí. Sin embargo, inmediatamente otro asunto vino a reclamar su atención.

Ante él se alzaba una figura alta y esbelta, ataviada con una capa de pieles blancas que la ventisca sacudía furiosamente. Sostenía en la mano derecha una espada cuyo filo irradiaba un suave brillo glacial. El mago levantó la cabeza hacia él, y el recién llegado le devolvió una mirada indiferente e inhumana que lo atemorizó aún más que la bestia que había estado a punto de quitarle la vida. Con todo, conocía aquellos ojos azules demasiado bien.

Intentó levantarse, pero no fue capaz. Se le nubló la vista y cayó cuan largo era sobre la nieve, a los pies de su salvador.

Despertó en un lugar cálido y acogedor. No obstante, seguía teniendo frío, mucho frío, sobre todo en el estómago. Abrió los ojos

con esfuerzo, pero no pudo hacer nada más. Se sentía demasiado débil.

De pronto, un rostro de piedra apareció en su campo de visión. Lanzó una breve exclamación de sorpresa; enfocó mejor la mirada, y pudo decir, con un hilo de voz:

—¿Yber?

El gigante gruñó algo y se retiró un poco. Fue otra voz, serena e imparable, la que respondió a su pregunta.

—Se llama Ydeon.

Giró la cabeza y descubrió entonces a una silueta vestida de negro, sentada cerca de él, que lo observaba con seriedad. Parpadeó un par de veces y frunció el ceño.

—¿Kirtash? ¿Qué haces aquí?

—Salvarte la vida una vez más —respondió el joven con cierta dureza—. Algo que se está convirtiendo en una costumbre, por lo que veo. También podría preguntarte yo qué haces *tú* aquí, Shail. ¿Acaso me buscabas?

Shail empezaba ya a pensar con claridad.

—No eres tan importante —murmuró, molesto—. No, no te buscaba a ti. ¿Qué te hace pensar eso?

—Entonces, ¿cómo has llegado hasta aquí? Ydeon podrá decirte que no son muchos los que vienen a visitarle.

—No me metas en esto —rechinó el gigante—. Es amigo tuyo, ¿no?

—No somos amigos —replicaron los dos a la vez. En seguida guardaron silencio, percatándose de lo absurdo de la situación.

—No me metáis en esto —repitió Ydeon—. Me voy: tengo cosas que hacer.

Se levantó para marcharse; se detuvo un momento junto a Shail.

—Toma —le dijo, tendiéndole un cuenco de sopa—. Te sentará bien.

Shail alzó la cabeza y lo miró, agradecido. Esbozó un gesto de dolor al alargar la mano hacia su bastón. Ydeon se inclinó para acercarle el cuenco.

—Fea herida, mago —comentó.

—Se curará, supongo... —empezó Shail, pero se interrumpió, al darse cuenta de que el gigante no se refería a la lesión de su estómago—. Ah, eso —dijo entonces, echando un vistazo mohíno a su pierna lisiada—. No, eso no se curará, me temo. No puede crecer de nuevo.

—Humm —masculló Ydeon, pensativo—. Nunca se sabe. Pudiera ser.

Shail no replicó. No le gustaba hablar del tema, y menos con un desconocido. Tomó el cuenco con ambas manos, porque era tan grande como un balde, y se concentró en el caldo que humeaba en su interior.

El gigante inclinó la cabeza, todavía meditabundo, y abandonó la estancia sin una palabra.

Ninguno de los dos jóvenes habló durante un rato. Sentado en un rincón, Christian contemplaba, absorto, el reflejo de las luces de la caldera de lava que calentaba la habitación, con ese aire aparentemente relajado que era propio de él. Shail terminó la sopa y trató de dejar el cuenco en una repisa, pero la herida no se lo permitió. Conteniendo un grito de dolor, se arriesgó a mirar hacia abajo. Le sorprendió ver que el frío que sentía no era solo una impresión suya: tenía el vientre cubierto de escarcha.

—¿Qué me has hecho? —pudo articular, con una nota de temor en su voz.

Christian no se volvió para mirarlo.

—Es una técnica shek de curación —repuso, lacónico—. La herida sanará más deprisa.

Shail tardó un poco en responder.

—Supongo que debo darte las gracias —admitió, de mala gana.

—No te molestes. No lo he hecho por ti.

—Ya lo suponía. ¿Qué era esa bestia de la que me has rescatado?

—Un barjab. Salen a cazar por la noche, pero son lentos y pesados. No son difíciles de matar..., en condiciones normales.

—El Anillo de Hielo por poco acaba conmigo —admitió el mago tras un momento de silencio—. Mi magia ya había dejado de funcionar cuando ese animal me atacó. Si no llegas a aparecer...

—Ya te he dicho que no lo he hecho por ti —cortó Christian con sequedad—. No vuelvas a mencionarlo.

Shail lo miró, conteniendo la ira.

—Si tanto te importa Victoria, ¿por qué la abandonaste? —le reprochó.

Christian no alzó la voz, pero su tono era peligrosamente gélido cuando dijo:

—Piensa lo que quieras, mago. No voy a perder el tiempo dándote explicaciones y, además, no tengo por qué hacerlo.

—Tal vez no tengas que dárme las a mí —replicó Shail, con más suavidad—, sino a ella. ¿Qué pasará si despierta y no estás allí?

O, peor aún... ¿qué pasará si no sobrevive? Si tanto la quieres, ¿por qué no estás a su lado ahora?

Christian no respondió. Shail suspiró, inquieto. Aquel joven le inspiraba sentimientos encontrados. Por un lado, había luchado a su lado en la Resistencia, había contribuido a la caída de Ashran, había arriesgado su vida por Victoria. Pero antes de eso había sido su enemigo en la Tierra durante cinco años, a lo largo de los cuales la Resistencia había tratado, sin éxito, de salvar las vidas que él iba arrebatando sin la menor compasión. Además, ya los había traicionado en una ocasión, y el propio Shail había sido testigo de cómo asesinaba a Jack en los Picos de Fuego. El milagroso e inexplicable retorno del dragón al mundo de los vivos no podía borrar el hecho de que el shek lo había matado.

—He venido hasta aquí siguiendo la pista de Alexander —dijo entonces, cambiando de tema—. ¿Has sabido algo de él?

Christian tardó un poco en responder.

—No —dijo finalmente—. Pero si está en Nanhai, los gigantes lo encontrarán.

Shail asintió y se tendió de nuevo sobre el jergón. Se sentía débil todavía; aún necesitaría mucho reposo para restablecerse por completo. Christian se levantó, con intención de salir de la estancia. Pero se detuvo en la entrada y se volvió hacia el mago.

—Ella está bien —dijo a media voz.

Shail abrió los ojos.

—¿Cómo dices?

—Que ella está bien. Estable, quiero decir. Sigue inconsciente, pero su corazón todavía late. Sigue ahí, a pesar de todo el tiempo que ha pasado. Creo que eso es una buena señal.

—¿Cómo... cómo sabes todo eso?

—Porque todavía lleva puesto mi anillo.

El anillo... Shail recordó aquella joya, que tan siniestra le resultaba. La piedra, engarzada en una serpiente de plata, parecía un ojo que espíara a todo el que posaba su mirada en ella. El mago había supuesto desde el principio que aquel no era un anillo cualquiera. Siempre había sospechado que el shek controlaba a Victoria de alguna manera a través de él. Había tardado en aceptar el hecho de que la voluntad de Victoria, incluso con la sortija puesta, seguía perteneciéndole a ella. Lo que la joya les proporcionaba a ambos era una suerte de comunicación sin palabras que los mantenía unidos incluso en la distancia. «Es un amuleto poderoso», se dijo Shail. Ciertamente, lo era; pero también se trataba de una prueba

de afecto, de un vínculo que simbolizaba el sentimiento que, contra todo pronóstico, había enlazado los destinos de un unicornio y un shek en algún punto intermedio entre dos mundos sumidos en el caos.

Y, por un momento, Shail los envidió a ambos. Su propia relación con Zaisei, la sacerdotisa celeste, era hermosa y sincera, pero no gozaba de la intensidad del amor que se profesaban Christian y Victoria. Tampoco tenían modo de seguir comunicados cuando se separaban, al menos no de esa manera. Shail había abandonado la Torre de Kazlunn varios meses atrás. Se había despedido de Zaisei, con el convencimiento de que ella estaría segura con Gaedalu y los magos de la Orden. Pero seguía echándola de menos cada noche, soñando con el instante en que volvería a estrecharla entre sus brazos.

Perdido en sus recuerdos, Shail se sumió lentamente en un pesado sopor. No fue consciente de que Christian abandonaba la estancia, en silencio.

La recuperación de Shail fue lenta, pero progresiva. Durante el tiempo que pasó en casa de Ydeon, el gigante, apenas vio a Christian. El joven entraba y salía sin dar explicaciones a nadie, y en ocasiones tardaba incluso varios días en regresar. No daba la impresión de que Ydeon lo echara de menos.

También el gigante parecía tener siempre asuntos que atender. Los primeros días, Shail escuchó ruidos rítmicos, metálicos, provenientes de un taller cercano, tal vez una fragua. Cuando fue capaz de ponerse en pie y caminar, descubrió que, efectivamente, el obrador de Ydeon era una forja.

Como a Shail nunca le habían interesado especialmente las armas, no lo molestaba cuando estaba trabajando. Se limitaba a sentarse en la habitación de al lado, junto a la caldera, pensativo, y dejaba pasar las horas. Ydeon era incansable y, por otro lado, en los últimos días parecía estar inmerso en algún trabajo importante que lo absorbía casi por completo, por lo que apenas dedicaba tiempo a atender a su invitado. Shail había llegado a conocer bastante bien el carácter de los gigantes a través de Yber, el hechicero gigante con el que había trabado amistad durante su estancia en Nurgon, por lo que sabía que, para Ydeon, aquello no suponía ninguna descortesía. Los gigantes, especialmente aquellos que apenas salían de Nanhai, eran gente muy independiente. Les resultaba extraña la

idea de que alguien necesitara atención y compañía constantes, a no ser que estuviese gravemente enfermo. Y, gracias a los cuidados de Christian y de Ydeon, Shail ya no lo estaba.

Con todo, echaba de menos conversar con alguien. La solitaria caverna de Ydeon contrastaba vivamente con la bulliciosa Fortaleza de Nurgon, donde había pasado los últimos meses, antes de la caída de Ashran. A veces, Ydeon se sentaba junto a él después de una larga jornada de trabajo en la fragua. En tales ocasiones, Shail intentaba conocer un poco mejor a su anfitrión, trataba de desentrañar las razones que lo habían llevado a desarrollar algo parecido a una amistad con Kirtash, el shek, el hijo del Nigromante. También le hablaba de la guerra, de las serpientes aladas, de lo que sucedía más allá del Anillo de Hielo, de la llegada de los dioses, que debía de ser inminente, pero de la que aún no había más vestigios que las ensordecedoras voces de los Oráculos. Le preguntaba al gigante qué opinión le merecía todo aquello, en un intento de situarlo en alguno de los bandos que participaban en aquel caos.

Invariablemente, siempre terminaban hablando de espadas.

Aparte de su pasión por las armas, y del hecho de que su interés por Haiass, la espada de Christian, había motivado el inicio de su relación con el shek, Shail no pudo averiguar mucho más.

Una tarde, Christian regresó a la caverna de Ydeon después de una ausencia de cuatro días. Se sentó junto al mago y le dirigió una breve mirada.

–Tienes mucho mejor aspecto –comentó.

–Cierto, y es una buena noticia: al menos para mí –asintió Shail–. En cambio, para ti el destino que pueda correr un simple humano no es algo digno de interés, ¿me equivoco?

–No. Pero sucede que, aun siendo un simple humano, tienes acceso a cierta información que puede serme de utilidad. Por no hablar del hecho de que alguien que me importa mucho te tiene un cierto cariño. Pero no quiero hablar de ella ahora.

–¿De qué quieres hablar, pues?

–Tienes buenas relaciones con algunos sacerdotes –dijo Christian– a pesar de ser un mago. Sé que mientras estuviste en la Torre de Kazlunn trataste de averiguar más cosas acerca de los dioses. Este es un tema que se me escapa, lo reconozco. Nunca he sentido demasiado interés por los Seis.

–No me sorprende, teniendo en cuenta que fuiste criado por el Séptimo –comentó Shail.

Christian entornó los ojos. El mago se dio cuenta de que el hecho de que su padre hubiera resultado ser el Séptimo dios no era una idea que el joven encontrara precisamente tranquilizadora.

—Pero ahora necesito saber más de ellos. Necesito saber si... —dudó un momento y alzó la mirada hacia Shail, antes de continuar—, si puede llegar a importarles la vida o la muerte del último unicornio.

El mago calló, sorprendido.

—¿Insinúas que ellos podrían ayudar a Victoria? —dijo después, lentamente.

—¿Quién si no? Estamos hablando de los dioses que crearon a los unicornios. Si alguien puede volver a hacer crecer su cuerno, o devolverle la vida a su esencia de unicornio, esos son ellos.

—Comprendo —asintió Shail.

—También pudiera ser —prosiguió Christian— que en el fondo no les importe. Dejaron que Ashran exterminara a toda la raza de los unicornios, y salvaron solo a uno para que se enfrentara a él. Ahora que ha cumplido con su misión, ahora que Ashran ya no es una amenaza y que pueden combatir al Séptimo en su propio plano, ya no necesitan a Victoria para nada.

»Y, si esto es así, si ellos no están dispuestos a protegerla, entonces tendré que ser yo quien la ponga a salvo.

Shail respiró hondo y trató de ordenar sus ideas.

—Seamos realistas, Kirtash: Victoria no depende solo de ti. Tiene amigos, gente que también la quiere y que va a cuidar de ella. No puedes comportarte como si fuera solo responsabilidad tuya. Además, hace ya tiempo que no estás en muy buenas relaciones con la Resistencia: desde lo sucedido en los Picos de Fuego, y por mucho que Jack parezca haberte perdonado, ya no podemos considerarte uno de nosotros. Así que no puedes pretender...

—No soy uno de vosotros —cortó Christian con frialdad—. Nunca he sido uno de vosotros. —Se volvió para mirarle, y Shail retrocedió por puro reflejo, intimidado—. Victoria es un unicornio, una criatura sobrehumana. No estáis preparados para cuidar de ella, ni tenéis por qué hacerlo. Ahora que la profecía se ha cumplido, la misma Resistencia ya no tiene ninguna razón de ser. Ahora que todo ha pasado, somos Jack y yo quienes debemos responsabilizarnos de ella.

—¿Y por qué razón, si se puede saberse?

—Porque ella ya no es una niña a la que puedas adoptar como hermana menor, hechicero. Ha crecido, ha madurado y se ha vuelto mucho más poderosa que todos vosotros juntos.

Shail vaciló, recordando la conversación que había mantenido con Jack tiempo atrás, antes de partir de viaje.

—¿Y Jack? ¿Cuentas con él cuando haces planes acerca de Victoria?

—Por supuesto que sí. Pero él estaría de acuerdo conmigo. Este no es su mundo y, puesto que ya hizo lo que se esperaba de él, estará encantado de marcharse de aquí.

Shail sacudió la cabeza.

—No —murmuró—. Él no es así: no nos daría la espalda.

—No tiene ninguna obligación de morir por Idhún. Ni él, ni ninguno de nosotros. Lo forzasteis a tomar parte en una guerra que no era la suya, en una profecía que lo enviaba a una muerte casi segura. No podéis pedirle que siga peleando. Ni mucho menos pretender que se enfrente a un dios.

Shail no replicó. Christian se puso en pie.

—Si tanto os importa vuestro mundo, luchad por él y dejad de esconderos detrás de los dragones, como habéis hecho siempre. Y dejadnos en paz a los demás.

Shail alzó la cabeza.

—¿Y qué hay de los sheks?

—Los sheks tienen ya bastante con luchar por su propia supervivencia. Están disgregados, y tardarán un tiempo en reorganizarse.

—¿Y tú? ¿Sabes algo acerca del Séptimo? ¿Acerca de dónde se encuentra?

—¿Acaso importa eso?

—Claro que importa. Si ha de iniciarse una guerra de dioses, comenzará allá donde el Séptimo se encuentre. Por eso es importante que reunamos toda la información posible.

Christian volvió a sentarse y reflexionó unos instantes.

—El Séptimo es una sombra —dijo—. Ha tenido que ocultarse siempre en lugares que los otros dioses descuidan. Por esta razón se relaciona con sus criaturas mucho más que los otros Seis, que viven en su propia dimensión, ajenos a lo que sucede en la superficie del mundo. Los sheks y los szish son sus hijos. Él cuida de ellos, pero también los utiliza. Todas las serpientes han de servir y obedecer sus órdenes, puesto que sus objetivos son también los nuestros.

—¿Es eso lo que os enseñan acerca de vuestro dios? No es mucho.

—Es suficiente. El culto al Séptimo es una religión misteriosa y secreta, porque ha sido perseguida en Idhún, y porque nuestro dios ha de ocultarse entre las sombras hasta que esté preparado para enfrentarse a los otros Seis. Por esta razón no se nos revela gran cosa acerca de él.

—¿Cómo es posible que se hubiera ocultado en el interior del cuerpo de Ashran? ¿Lo sabías tú?

—No; solo Zeshak, el rey de los sheks, estaba al tanto de ello. Lo creas o no, he estado pensando mucho en esto. Creo que el Séptimo utiliza a seres mortales como disfraz para esconderse de los Seis.

—¿Y por qué un humano? ¿Por qué no un szish, o incluso un shek?

—También yo me lo he preguntado. Y he llegado a la conclusión de que es porque los humanos son más insignificantes que los sheks. Si se trataba de ocultarse, un humano era más difícil de detectar que un shek; aun cuando ese humano fuera Ashran el Nigromante. La mirada de los dioses es muy amplia. Ven mucho, y muy lejos, pero justamente por eso, las cosas más pequeñas les pasan más desapercibidas, de la misma manera que tú puedes ver una res en un prado, pero difícilmente te fijarás en los insectos que pululan entre la hierba, a tus pies.

»Aun así, un cuerpo humano, tan limitado, resulta incómodo para un dios; por lo que, puestos a elegir, resulta mucho más práctico si ese humano es, además, un mago, poseedor de unas habilidades que los humanos comunes no tienen. Por otra parte, un mago sangrecaliente es mucho más poderoso que cualquier mago szish, porque ha tenido la oportunidad de formarse en las Torres de hechicería, lo cual siempre se les ha negado a los hombres-serpiente.

—Lo que intentas decirme es que Ashran era un mago como los demás... hasta que el Séptimo le... poseyó, o lo que quiera que hiciera con él, ¿no?

Christian asintió.

—No me preguntes cómo sucedió: mis deducciones no han llegado a tanto. Pero ambos, el hombre y el dios, llegaron a ser uno solo. El hombre podía ser destruido, pero no el dios...

—...Y, al salir de ese escondite humano, fue claramente visible para los otros Seis, ¿no? Por eso vienen a buscarlo ahora. ¿Qué pasará con los sheks? ¿Saben lo que está ocurriendo? ¿Sabe alguno de ellos dónde se encuentra el Séptimo?

—Las informaciones que circulan por la red telepática son fragmentarias y confusas. Zeshak nombró a una sucesora antes de morir: Ziessel, que había estado gobernando Dingra antes de la batalla de Awa. Pero Ziessel ha desaparecido. Se fue a otro mundo, dicen. Hay quien afirma que murió durante el viaje. Sinceramente, no lo sé. Pero, si está viva, encontrará la manera de restablecer la red de los sheks y de reunirlos a todos en torno a ella.

»Entretanto, los sheks están sin líder. Hay dos cabezas visibles: Sussh en el sur, y Eissesh en el norte. El viejo Sussh sigue gobernando en Kash-Tar. Eissesh sobrevivió de milagro al incendio del cielo, y dicen que se está recuperando de sus heridas en las montañas. Pero ya está reuniendo a todos los sheks y szish supervivientes de Nandelt. Cuando se restablezca por completo, es posible que reclame para sí el liderazgo de nuestra gente.

»Sospecho que el Séptimo, esté donde esté, se habrá puesto en contacto con Ziessel, si es que sigue viva; de lo contrario, se revelará ante el nuevo líder: Eissesh, Sussh... quien sea. Si tienes interés en saber dónde se encuentra, pregúntale a uno de ellos. Para el resto de los sheks, nuestro dios sigue siendo algo misterioso y desconocido.

—No lo era tanto para ti, ¿no? —dijo Shail con delicadeza.

Christian no respondió.

—¿Y qué pasa contigo? —quiso saber el mago—. ¿Eres aún parte de la comunidad shek?

—¿Después de lo que pasó? —replicó él, casi riéndose—. Hundí a Haiass en el cuerpo humano de mi dios: creo que lo que hice puede considerarse no sólo alta traición, sino también un auténtico sacrilegio.

Shail no replicó, pero escuchaba con interés. Lo que había sucedido durante el enfrentamiento en la Torre de Drackwen era todavía un misterio para él.

—No sé qué aspecto tiene un dios sin cuerpo —prosiguió Christian—, pero no pienso quedarme a averiguarlo. Los Seis van a presentarse aquí, en Idhún. Lo más inteligente que podemos hacer los mortales es apartarnos de su camino y escondernos lo más lejos posible.

Shail no supo qué decir.

—Lo único que quiero saber —prosiguió Christian— es si tus dioses estarían interesados en preservar la magia en el mundo. Se supone que los unicornios son sus criaturas más perfectas, ¿no?

—Se supone, sí. Y se suponía que eran intocables y que nada podía dañarlos... hasta el día de la conjunción astral. Entonces murieron todos los unicornios de golpe, y solo Lunnaris se salvó. Pensé... que los dioses reservaban para ella un destino especial, no solamente relacionado con Ashran y la profecía. Pensé que ella estaba destinada a restaurar la magia de los unicornios en el mundo. Pero ahora le han arrebatado el cuerno... y, una vez más, los dioses no han hecho nada para impedirlo. Por eso no sé qué decir, Kirtash.

Antes de la conjunción astral, incluso antes de regresar a Idhún, te habría dicho que los dioses no abandonarían al último unicornio bajo ninguna circunstancia. Ahora ya no sé qué pensar. Todo aquello de lo que estaba seguro está resultando no ser exactamente como yo creía. No sé si me entiendes.

—Perfectamente —repuso Christian con una media sonrisa.

Shail iba a preguntarle algo más, pero fue interrumpido por Ydeon, que entró en la estancia con su pesado andar habitual. Su rostro pétreo, sin embargo, mostraba una profunda huella de preocupación.

—Vosotros dos, venid a ver esto —dijo.

Christian se levantó de un salto y lo siguió con paso ligero. Shail tardó un poco más en alcanzar su bastón y ponerse en pie.

Se reunió con ellos en el taller de Ydeon. Hacía mucho calor allí, demasiado para su gusto, y demasiado también para cualquier shek. Christian lo soportaba estoicamente, sin embargo. Había colocado la palma de la mano sobre una roca plana.

—¿Lo notas? —decía Ydeon.

El shek asintió.

—Es una vibración. ¿Significa algo para ti?

—Es un mensaje de socorro.

—¿Un mensaje de otro gigante? —preguntó Shail, que sabía que la raza de Ydeon era capaz de comunicarse haciendo vibrar el corazón de roca de su tierra.

—Está relacionado con algo que vengo notando desde hace días —asintió el fabricante de espadas—. En las montañas del norte se está produciendo una actividad anormal: temblores y corrimientos de tierras, desprendimientos de rocas en los precipicios. Imagino que todos los demás gigantes lo han percibido también. Y parece que alguien se ha acercado más de lo necesario a la zona de riesgo —añadió, frunciendo el ceño.

—¿Por qué te envía el mensaje a ti? —preguntó Christian—. ¿No estamos demasiado lejos como para llegar a tiempo?

—Nos lo ha enviado a todos. En otras circunstancias no le habría prestado atención, puesto que otros gigantes llegarán mucho antes que nosotros para ver qué está sucediendo.

Ydeon dejó caer la palma de la mano sobre la piedra plana y se concentró en las sensaciones que le transmitía.

—Ynaf —dijo—. Sé dónde vive. Si partimos enseguida, tardaremos solo un par de días en llegar. Porque creo que vosotros dos deberíais ir a investigar. Puede que allí encontréis algo que os interese.

Christian estrechó los ojos, y Shail se dio cuenta de que el shek ya tenía sus sospechas acerca de lo que estaba sucediendo. Lo vio salir del taller sin una palabra, y suspiró, preocupado.

—Quiero enseñarte algo, mago —dijo entonces Ydeon—. No está terminado aún, pero quiero que vayas pensando en ello, para cuando necesite de tu colaboración.

Shail lo siguió, intrigado, hasta el rincón donde el gigante tenía su forja, y se asomó con curiosidad al molde que él le señaló.

Esperaba ver algún tipo de arma en su interior: una espada, un hacha, tal vez una daga. Por eso, cuando descubrió el objeto que se enfriaba allí no pudo reprimir una exclamación de asombro.

Era una pierna.

Una pierna humana, de metal, terminada en un pie descalzo; una pierna tan perfecta que, de no ser por el brillo que reverberaba en su superficie, habría parecido de carne y hueso. Sin dar crédito a sus ojos, el mago se volvió hacia Ydeon.

—¿La has forjado para mí? —preguntó; no pudo evitar que le temblara la voz.

El gigante asintió.

—Tomé el molde mientras estabas inconsciente. He tenido que invertirlo para que el resultado fuera un reflejo de tu pierna izquierda, dado que no tienes una pierna derecha que pueda copiar. Y ha sido bastante más complicado de lo que pensaba. Pero creo que el resultado es bastante satisfactorio.

Shail sacudió la cabeza, perplejo.

—Te has vuelto loco. Una pierna de metal no puede sustituir al miembro que perdí.

—Esta, sí. No como está ahora, claro. Habrá que transferirle una buena cantidad de magia para que cobre vida. Pero tú eres un hechicero, por lo que eso no debería suponer ningún problema.

—¡El metal no puede cobrar vida!

—Esto no es un metal corriente. Es gaar, una aleación que absorbe y asimila la energía mágica. Es el metal con el que se forjan las espadas legendarias.

—Puedes creerle —les sobresaltó la voz de Christian, a sus espaldas: no lo habían oído entrar—. Ydeon entiende de armas legendarias. Igual que yo, sabe que este tipo de objetos adquiere vida cuando se le transfiere una determinada cantidad de energía, ya sea magia... o el poder de un shek.

Shail se volvió hacia él, todavía desconcertado.

—Pero esto no es una espada, Kirtash. ¡Pretende implantarme una pierna de metal animada mediante la magia! Es una locura...

—Soy experto en espadas, es cierto —asintió Ydeon—. Pero también, a veces, trabajo con seres incompletos. —Dirigió una larga mirada a Christian—. Si pude forjar un colmillo para una serpiente, no veo por qué no voy a poder devolverle la pierna a un humano.

Christian sonrió levemente. «Seres incompletos», pensó Shail, recordando a Victoria. Lamentablemente, nada ni nadie en Idhún podía crear un nuevo cuerno para el unicornio que habitaba en ella. Los magos llevaban milenios tratando de reproducir los poderes del unicornio de forma artificial, sin éxito.

—Piénsatelo, mago —concluyó el gigante—. Ahora tenemos un viaje por delante; pero cuando regresemos pienso terminar esa pierna... y estaría bien que para entonces hubieras meditado acerca del hechizo que vas a utilizar para transferirle la magia que necesita.

Shail murmuró de nuevo por lo bajo: «Es una locura», pero nadie lo escuchó. Christian había salido de nuevo, en busca de su capa de pieles, e Ydeon estaba terminando de recoger sus herramientas.

Momentos más tarde, los tres abandonaban la caverna del forjador de espadas para adentrarse en el corazón de Nanhai, el mundo de los hielos perpetuos.

Raden era una tierra inhóspita y pantanosa. Sus costas no poseían los impresionantes acantilados que dibujaban la mayoría de los litorales idhunitas, y por tal motivo, cada vez que subía la marea, las aguas inundaban buena parte de su territorio. Por eso, en Raden apenas había suelo firme. Las ciénagas recubrían casi toda su superficie, y en ellas crecían distintas especies de árboles de enormes raíces retorcidas que vivían con medio tronco bajo el agua. Pocos peces sobrevivían en el fango, y por eso, aquel era también el territorio de diferentes especies de anfibios, batracios y reptiles, y de raras aves zancudas de larguísimas patas.

Ninguna raza inteligente habitaba en Raden, salvo los pescadores de la ciénaga, un pueblo de humanos tan acostumbrados a vivir en humedales que muchos dudaban que fuesen realmente humanos, y no una tribu perdida de varu que se hubiese adaptado a los pantanos. Tiempo atrás, sin embargo, mucha gente había visitado Raden con frecuencia, pues allí se encontraba el Oráculo de los Tres Soles. Los pescadores de la ciénaga solían llevarlos desde

Sarel hasta el Oráculo en sus esbeltas y frágiles barcas, que empujaban con largas pértigas. No obstante, hacía ya mucho que el Oráculo había sido destruido por los sheks, y ahora ya nadie se internaba en los pantanos.

Por esta razón, solo los pescadores sabían lo que se ocultaba allí; pero ellos, mientras hubiese cosas que pescar en el fango, no se preocuparían por averiguar qué estaba sucediendo, ni alertarían a nadie.

Para ser humanos, pensaba a menudo Assher, los pescadores de la ciénaga no parecían mucho más listos que los batracios que pescaban.

Assher había huido con su clan hacia el sur, después de la caída de la Torre de Drackwen. Habían hallado refugio en los pantanos, y ahora malvivían como mendigos entre el barro. Por fortuna, las escamas de su piel los protegían de la humedad, y de todas formas, los szish eran una raza paciente y estoica. Cuando los más jóvenes del clan osaban quejarse, los mayores los mandaban callar y les recordaban que los sangrecaliente acechaban lejos de las marismas, en las tierras secas, y que por eso no podían regresar a Alis Lithban.

—Además —solían decir—, estábamos peor en Umadhun.

Assher tenía solo catorce años y no había conocido Umadhun. Había nacido después de la conjunción astral; era idhunita, como los sangrecaliente, y se había criado en Alis Lithban. Había crecido soñando que se uniría al ejército y que lucharía contra los sangrecaliente, bajo las órdenes de un shek. Assher nunca había estado realmente cerca de ningún shek, pero los admiraba y los respetaba hasta la adoración.

Sin embargo, todo aquello se había venido abajo. Su clan había huido en dirección al sur, en lugar de hacerlo hacia el norte, donde se estaban reagrupando otros clanes szish, protegidos por las montañas. Y ahora no se atrevían a abandonar la seguridad de los pantanos.

Tal vez los mayores estaban mejor en Raden que en Umadhun, pero Assher consideraba que Alis Lithban era mucho, mucho mejor.

Una noche, sin embargo, alguien había acudido a verles. Los centinelas deberían haberla atravesado con sus lanzas nada más verla llegar, pues ella era una sangrecaliente, una feérica. Pero, por algún motivo, no lo hicieron. La dejaron avanzar, mudos de asombro, tal vez preguntándose cómo una criatura como aquella era capaz de caminar en el fango sin mancharse más arriba de los tobillos. Permitieron que ella se detuviese ante ellos y les hablara.

Assher la había visto de lejos. Había escuchado sus palabras, las palabras dirigidas a los adultos del clan. Unas palabras llenas de esperanza.

Algunos la habían reconocido, dijeron después. Se llamaba Gerde y había estado aliada con Ashran, el mago sangrecaliente en el que los sheks tanto confiaban, y que había sido derrotado, propiciando con ello la caída de los sangrefría. Gerde nunca había tenido verdadero poder sobre los szish y, sin embargo, aquella noche todos bebieron de sus palabras, especialmente los varones. Cuando ella se fue, había un brillo especial en la mirada de los hombres-serpiente, pero ninguno de ellos lo admitiría, para no ser objeto de las burlas o la ira de las mujeres del clan.

Assher tampoco lo confesó a nadie; pero, cuando Gerde se iba, pasó por delante de su cabaña y lo descubrió espiando por un resquicio de la puerta. Y le sonrió.

Desde entonces, el joven szish no había sido capaz de pensar en otra cosa, en nada ni en nadie que no fuese la bella feérica, a pesar de que los sangrecaliente siempre le habían parecido sumamente feos. Pero ella... ella era diferente.

Al día siguiente, los jefes del clan se reunieron y hablaron largo y tendido sobre las palabras de Gerde. Había un nuevo espíritu alentando sus corazones, la posibilidad de una nueva vida, de otra oportunidad. Y, varias jornadas más tarde, comenzaron las pruebas.

Al principio, a Assher no le habían permitido presentarse, porque era demasiado joven, dijeron. Así que se vio obligado a ver cómo los vencedores partían en dirección a Alis Lithban para reunirse con Gerde. El premio que ella iba a entregarles no podía ser hallado en ningún otro lugar de Idhún. Por eso aquellas pruebas eran tan importantes, y por eso los mejores eran aclamados como héroes.

Tiempo después, uno de los vencedores visitó Raden para demostrarles que las palabras de Gerde eran ciertas, y maravilló a todos con el don que ella le había concedido. La llamaba «mi señora» y hablaba de ella con gran reverencia. Algunos dudaron que fuera buena idea servir a una sangrecaliente, pero pronto se supo que había sheks junto a ella. Y el deseo de Assher de volver a verla se hizo cada vez más intenso, más insoportable.

Por fin, el milagro se produjo.

Para entonces, el clan de Assher había enviado a once candidatos a las tierras del norte, y de todos ellos, solo uno había sido rechazado por Gerde. Un día, uno de ellos regresó para anunciar que

ella necesitaba jóvenes szish, jóvenes que no hubiesen cumplido los veinte años, y que elegiría a uno para concederle un don especial, para distinguirlo por encima de todos los demás.

Las pruebas volvieron a convocarse y, en esta ocasión, participaron casi todos los jóvenes del clan. Assher competía contra otros más fuertes y más rápidos, pero no era eso lo que Gerde valoraba. Después de haber sido testigo de más de diez variedades diferentes de pruebas, Assher no había podido evitar preguntarse si los héroes, los elegidos, eran realmente los más capacitados, o simplemente se trataba de aquellos a los que más sonreía la suerte.

La prueba escogida en aquella ocasión fue la que llamaban el Laberinto del Fango. Cuando se supo, muchas madres intentaron disuadir a sus hijos de participar. Assher tuvo que insistir mucho para que la suya le diese permiso y, aunque finalmente accedió, reacia, el joven szish sabía que ni siquiera ella habría podido detenerlo. Porque habría dado cualquier cosa, habría hecho cualquier cosa, con tal de volver a ver a Gerde, con tal de obtener de ella aquel honor del que se hablaba.

Y por eso ahora se encontraba de pie, ante una amplia extensión pantanosa, junto a una hilera de chicos y chicas szish, dieciséis en total. Casi todos los jóvenes del clan. El Laberinto del Fango era la más peligrosa de todas las pruebas propuestas por Gerde y, no obstante, la participación jamás había sido tan alta.

Porque ellos eran jóvenes. También habían nacido en Idhún, en su mayoría, y no podían creer que Umadhun hubiera sido peor que aquel horrible pantano donde se hallaban exiliados.

Assher tembló brevemente cuando le taparon los ojos con una venda. Respiró hondo y trató de concentrarse.

—Esto es el Laberinto del Fango —anunció el juez; aunque no fuera necesario, puesto que ya todos lo conocían: se sentía en la obligación de seguir todas las formalidades—. Ante vosotros se extiende una ciénaga profunda y traicionera. La prueba consiste en cruzarla hasta el final. Existen caminos ocultos bajo la capa de barro, caminos por los cuales se puede avanzar sin que el fango os llegue más arriba de la rodilla. Existen también profundas fosas que pueden tragarse a un szish en menos tiempo del que se tarda en rescatarlo. Por tal motivo, presentarse a esta prueba supone correr un gran riesgo. Un solo paso en falso, y pereceréis en el barro. Pensadlo bien.

Reinó un pesado silencio. Nadie se movió ni dijo nada. El juez asintió.

—Que así sea —dijo—. Que el Séptimo guíe vuestros pasos en la oscuridad. Confiad en vuestra intuición: ella será vuestra mejor aliada.

Assher sintió que rodeaban su cintura con una cuerda de seguridad. Aquella medida había salvado a muchos, pero había sido inútil en algunos casos. Aun así, la cuerda le dio algo más de confianza.

—Que dé comienzo la prueba —anunció el juez.

Assher se quedó paralizado un momento. Oyó un chapoteo junto a él y supo que los demás ya se habían puesto en marcha. Inspiró hondo y, con cuidado, puso un pie delante de otro. El suelo seguía estable. Respiró.

Los minutos siguientes fueron largos y angustiosos. Assher se movió muy lentamente, tanteando, paso a paso. Durante un rato, siguió en línea recta y todo fue bien. Pero pronto se le acabó la suerte.

El siguiente paso que dio estuvo a punto de lanzarlo al abismo. El suelo cedió bajo sus pies y solo gracias a sus excelentes reflejos logró rectificar y dar un salto atrás. Se hundió hasta las pantorrillas, pero el lodo no llegó más allá.

Tras él, oyó un grito de horror y un chapoteo, y exclamaciones ahogadas entre los adultos que asistían a la prueba. Se quedó quieto, con el corazón encogido, hasta que oyó que el caído jadeaba y boqueaba, tratando de respirar, escupiendo barro. Lo habían sacado.

Assher tragó saliva y trató de pensar con rapidez. No podía seguir recto, por lo que tendría que buscar un camino alternativo, por la derecha o por la izquierda. Tras una breve reflexión comprendió que no era algo que pudiese deducir por la lógica. A su derecha y a su izquierda, los otros szish continuaban avanzando a tientas, pero eso no quería decir nada. Los senderos seguros bajo el barro eran estrechos, y si el muchacho de su derecha avanzaba por un camino firme, tal vez entre él y Assher se abriera un profundo agujero. No podía saberlo.

Recordó que las pruebas no consistían en pensar ni en deducir, sino en dejarse llevar por la intuición y el instinto... cosa que los szish no hacían jamás, y por esta razón les resultaba tan difícil todo aquello. Assher se atrevió a rememorar el rostro de Gerde, su encantadora sonrisa, su voz. Sólo un pedazo de ciénaga se interponía entre él y su sueño.

Cerró los ojos bajo la venda y se dejó llevar.

Un paso a la izquierda.

Su pie se hundió en el fango... hasta el tobillo, y no más allá. Respiró, aliviado. Avanzó con el otro pie, inseguro. Pero tampoco se hundió esta vez.

Había encontrado un camino.

Siguió el sendero unos pasos más hacia la izquierda; pero alguien chocó contra él y estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio.

Oyó gritar al otro chico. Reconoció su voz: era Izass, tenía su misma edad. Los dos manotearon en el aire, desesperados, tratando de mantenerse firmes sobre el fango... y entonces Assher oyó un sonoro chapoteo, que lo salpicó de barro, y un grito. Comprendió lo que pasaba: Izass se había caído y se hundía sin remedio. Gritó su nombre y trató de tenderle la mano, pero no veía. Intentó quitarse la venda, pero solo consiguió cubrirse la cara de barro. Notó, de todas formas, que algo arrastraba a Izass hacia atrás: los adultos tiraban de su cuerpo hacia la orilla.

Assher se quedó un rato parado, hasta que oyó un agudo grito de dolor, un grito femenino: la madre de Izass.

Habían sacado a su hijo del barro, pero era demasiado tarde.

Assher sintió que se mareaba y estuvo a punto de caer él también. Pero se aferró al recuerdo de Gerde, dejó que su imagen inundara sus pensamientos hasta que, poco a poco, recobró la sensatez.

Lentamente, movió de nuevo los pies para seguir buscando el camino seguro.

Y siguió avanzando, mientras a su alrededor, sus compañeros iban cayendo, uno a uno. Por fin, recorrer el Laberinto del Fango se convirtió en algo mecánico. Empezó a visualizar, de alguna manera, los caminos debajo de la ciénaga, y sus pasos se volvieron más seguros y menos titubeantes. En un par de ocasiones estuvo a punto de perder pie, pero lo recuperó.

Y, cuando quiso darse cuenta, estaba casi en la meta.

Lo supo porque oyó una exclamación ahogada junto a él, y eso le hizo volver a la realidad. A su lado, uno de sus compañeros había estado a punto de salirse del sendero seguro. Una chica, para ser más exactos.

—¡Assher! —susurró ella—. ¿Eres tú?

—¡Sassia! —la reconoció.

—No debe de faltar mucho ya, ¿verdad? —preguntó ella, angustiada—. Assher, creo... creo que ya solo quedamos tú y yo.

Una horrible sensación de abatimiento cayó sobre Assher. No sabía que Sassia participaba en las pruebas. Ni siquiera se había fijado, y eso le llevó a preguntarse qué le estaba pasando. En Drackwen había bebido los vientos por ella.

–Ven, dame la mano –le susurró–. Juntos avanzaremos más seguros.

–¿Tú crees? –preguntó la joven szish, dubitativa–. ¿Y si uno de los dos resbala?

–Entonces, caeremos los dos, pero serán dos las cuerdas que puedan tirar de nosotros para rescatarnos. No te soltaré; te lo prometo.

Assher no pudo ver su expresión, pero pronto sintió que su mano tanteaba en el aire, junto a él. La atrapó y la estrechó con fuerza.

Así, juntos, poco a poco, fueron avanzando por los senderos ocultos bajo el barro. Assher volvió a visualizarlos en su mente y siguió caminando, arrastrando a Sassia tras de sí.

–¡Diez pasos para la llegada! –anunció la voz del juez un poco más allá.

«Lo vamos a conseguir... lo vamos a conseguir...», pensó Assher. El rostro de Gerde iluminaba todos sus pensamientos.

Entonces, Sassia resbaló y se hundió con un grito, tirando de Assher. Todo sucedió muy deprisa. El joven szish casi pudo ver a su compañera cayendo, y, al mismo tiempo, se vio a sí mismo cayendo con ella, hundiéndose en el fango... y perdiendo la prueba que lo llevaría a Gerde.

No lo pensó. Casi sin darse cuenta, soltó la mano de Sassia como si le quemara su contacto.

Hubo gritos entre los szish que aguardaban en la orilla. Assher se quedó paralizado mientras tiraban de la chica para sacarla de la ciénaga y la remolcaban hasta la orilla. Aguzó el oído, esperando escuchar algo que le dijera si Sassia había sobrevivido, si la habían sacado a tiempo. Silencio.

Lentamente, Assher puso un pie delante de otro.

Los últimos metros los vivió como en un sueño. Cuando, por fin, trepó a tierra firme, junto al juez, y este lo declaró vencedor de la prueba, solo fue capaz de pensar: «Voy a ver a Gerde. Voy a ver a Gerde».

Cuando le quitaron la venda de los ojos y miró a su alrededor, vio, entre la multitud, a Sassia, envuelta en una manta, cubierta de barro, que lo miraba fijamente. Y era una mirada acusadora, una

mirada que delataba el hecho de que había soltado su mano, de que había estado dispuesto a dejarla morir.

«No importa», se dijo el chico. «Voy a ver a Gerde».

No tardaron dos días, como Ydeon había calculado, sino tres días y medio. La presencia de Shail los retrasaba inevitablemente, a pesar de que el gigante había optado por cargarlo sobre sus hombros. Pero ni haciendo uso de su bastón, ni con toda su buena voluntad, podía Shail avanzar por la tierra nevada.

–Esto cambiará cuando tengas tu pierna nueva –rechinó Ydeon, muy convencido.

Al atardecer del cuarto día, cuando el primero de los soles comenzaba a declinar, fueron testigos de un espectáculo sobrecogedor.

Una cadena montañosa les cerraba el paso, peinando el horizonte. Y uno de los picos temblaba y se estremecía visiblemente, como golpeado por alguna fuerza invisible. Con cada sacudida, los aludes se precipitaban bramando por las laderas, la roca se resquebrajaba y los despeñaderos arrojaban bloques de piedra a los abismos. La montaña entera rugía y gemía con una voz rocosa, despertada de su sueño milenario, y se convulsionaba como si fuera el epicentro de un poderoso terremoto.

Christian, Ydeon y Shail estaban demasiado lejos como para que peligrara su integridad física, pero la destrucción era fácilmente apreciable incluso desde aquella distancia.

–Por todos los dioses –murmuró Shail–. ¿Qué es lo que está provocando todo eso?

Christian le dirigió una extraña mirada, pero no respondió.

Prosiguieron la marcha, dando un rodeo para no ir directamente hacia allí. No pudieron dejar de observar con inquietud cada convulsión, pero, a pesar de que trataban de no perder detalle, en ningún momento consiguieron ver qué o quién estaba causando aquellos estragos.

Un poco más tarde distinguieron a lo lejos una silueta que se acercaba hacia ellos por la nieve. Conforme se fue aproximando, les quedó claro que se trataba de un gigante.

Una giganta, en realidad.

–Ynaf –saludó el forjador de espadas.

–Ydeon –respondió ella.

Sus rasgos no se diferenciaban gran cosa de las facciones de un varón de su misma raza, pero las formas de su cuerpo eran indu-

dablemente femeninas. No le preguntó a Ydeon qué estaba haciendo allí, pero sus ojos rojos se clavaron en los dos jóvenes humanos, inquisitivos.

—Kirtash. Shail —resumió Ydeon, sucinto—. Creo que puede interesarles lo que está pasando por aquí.

Los ojos de Ynaf relucieron con interés.

—¿De veras? Bien, no me extraña. Debería interesar a todo el mundo.

—¿De qué se trata? —preguntó Shail.

—Os llevaré a verlo más de cerca. Aún quedan varias horas de luz.

Christian asintió en seguida. Shail recordó que la curiosidad de los sheks por todo aquello que consideraban nuevo y extraño era proverbial, y comprendió que, en aquel aspecto, Christian no era una excepción.

Acompañaron a la giganta a través de una planicie nevada, siguiendo la línea de la cordillera, a una prudente distancia.

—Todo empezó hace ocho días, cuando el techo de mi caverna se derrumbó sobre mí sin previo aviso —explicó ella—. Conseguí escapar, y busqué otro refugio, pero no demasiado lejos, porque me pareció extraño que toda la montaña temblara de esa manera. He estado observando el fenómeno desde entonces. Como vi que no solo no se detenía, sino que además empezaba a moverse...

—¿Se mueve? —interrumpió Christian.

—Avanza a lo largo de la cordillera, muy, muy lentamente —explicó Ynaf—. ¿Veis ese pico de allí? —señaló una cumbre situada un poco más al oeste; desde aquel punto hasta el lugar que ahora retumbaba bajo el poder de una maza invisible, las montañas evidenciaban el paso de aquel inexplicable terremoto—. Ahí es donde empezó. Desde entonces, la destrucción se ha desplazado. Se mueve con tanta lentitud que para poder apreciarlo es necesario estar contemplando las montañas fijamente durante varias horas. Pero se mueve, al fin y al cabo, y no parece que tenga intención de parar. Por eso decidí avisar a quien pudiera interesarle. Varios gigantes han pasado por aquí desde entonces, pero nadie ha sido capaz de precisar de qué se trata. Aunque —añadió, tras una breve pausa— Ymur tiene una teoría bastante... interesante.

—¿Ymur, el sacerdote? —preguntó Ydeon.

Ynaf asintió.

—Llegó ayer, después del tercer amanecer. Parece que mi mensaje también alcanzó las ruinas del Gran Oráculo. Nos reuniremos con él cerca de la montaña.

Encontraron a Ymur contemplando las sacudidas del pico desde un promontorio nevado. Se había sentado sobre una roca y tomaba notas deslizando un carboncillo sobre una tabla de piedra.

–Ymur –saludó Ynaf.

El sacerdote se volvió hacia ellos. Vestía la túnica de la Iglesia de los Tres Soles. Era, como cabía esperar, servidor del dios Karevan, patriarca de los gigantes.

–Ynaf. Ydeon –respondió; apenas se fijó en Christian y en Shail–. Se mueve de nuevo. ¿Os habéis dado cuenta?

–Sí, sacerdote –rechinó Ydeon–. ¿Qué es?

También a Ymur le faltaban las palabras.

–Observadlo con atención –dijo–. Me gustaría acercarme más, pero me temo que resultaría un poco... arriesgado.

–Yo puedo solucionar eso –se ofreció Shail.

Formuló las palabras de un hechizo de lente mágica. El aire se rizó suavemente y formó un óvalo de una textura distinta, que quedó suspendido ante ellos.

–Buen trabajo, mago –aprobó Ymur, al comprobar que mirando a través del óvalo se veía todo mucho más cerca–. Y ahora, mirad...

Los cinco se concentraron en la imagen ampliada de la montaña.

Sí, ahí había algo, algo que sacudía la cordillera hasta sus cimientos, y que arrastraba roca y nieve a su paso, como si de un titán se tratase. Debía de ser una criatura ciclópea, a juzgar por los efectos que provocaba su avance, o tal vez su mera presencia; pero no era apreciable a simple vista, ni siquiera a través de la lente mágica de Shail. Fuese lo que fuese, allí no había nada... o no parecía haber nada. Si no fuera porque parecía imposible, Shail habría jurado que aquello no se desplazaba sobre la roca de la montaña, sino a través de ella. Que lo que estaba destruyendo la cordillera lo hacía desde dentro. O que las propias montañas se despertaban después de una siesta de varios milenios y se despezaban en un largo y formidable bostezo.

–Es una fuerza. O una energía. O como queráis llamarlo –dijo Ymur–. Invisible... pero poderosa.

–No se trata solo de una cuestión de invisibilidad –murmuró Christian–. Me temo que ni siquiera es material.

–Una fuerza. Una energía –repitió Shail–. Pero...

–Tú sabes lo que es, sacerdote –cortó Christian, clavando su fría mirada en el gigante–. ¿Por qué no compartes tus conclusiones con nosotros?

Ymur dudó.

—Bien, yo tengo una teoría. Sé que puede sonar extraño, incluso... vaya... algo irreverente, pero...

—Pero, ¿qué? —se impacientó Shail.

Ymur desvió la mirada, incómodo. Al mago, que siempre había sentido un respeto instintivo hacia los gigantes, tan grandes y poderosos, le resultaba extraño ver dudar a uno de ellos, y se preguntó, inquieto, qué clase de ser o criatura podría asustarlos en su propio mundo.

—Es un dios —concluyó Christian con suavidad.

Hubo un desconcertado silencio.

—¿Un qué? —dijo entonces Shail.

—Diría que es el dios Karevan, que ha decidido darse una vuelta por el mundo —prosiguió el shek a media voz—. ¿No es eso lo que pensabas, sacerdote?

—Era la idea que se me había ocurrido, sí —admitió Ymur, un poco a regañadientes—. Pero llevo días observándolo, y no entiendo su comportamiento. ¿Por qué se ensaña tanto? ¿Por qué toda esta destrucción? ¿Acaso está furioso con nosotros, y esto es algún tipo de castigo?

Christian sonrió.

—Creo que simplemente está paseando —dijo—. Puede que incluso se encuentre todavía algo desconcertado. Al fin y al cabo, hace mucho tiempo que los dioses abandonaron nuestro mundo, ¿no?

—¿Llamas a eso «pasear»? —repuso el sacerdote, incrédulo, señalando la montaña, que seguía convulsionándose violentamente.

Christian se encogió de hombros.

—Es un dios. Una especie de cúmulo de energía, por llamarlo de alguna manera. Mientras no tenga un cuerpo de carne que le permita moverse en un mundo material, su simple presencia resultará sumamente peligrosa para cualquiera que se le acerque. Pero no creo que tenga interés en procurarse un cuerpo: esta vez no. Porque, aunque un cuerpo le permitiría interactuar con el mundo, incluso con sus criaturas, en esta ocasión no ha venido a eso.

Shail lo miró, pálido como un muerto. De pronto acudieron a su mente recuerdos de las conversaciones que había mantenido con Zaisei, con Jack y con el propio Christian acerca de los Seis, del Séptimo, de la derrota de Ashran: y todo cobró un nuevo sentido, mucho más siniestro.

—Sí —asintió Christian, adivinando sus pensamientos—. Hicimos cumplir la profecía de los Oráculos, destruimos a Ashran... y con ello solo conseguimos desatar un mal mayor en este mundo.

Shail desvió la mirada, pero no dijo nada.

—¿Ves eso? —prosiguió el shek, señalando la devastación invisible que se abría paso por la cordillera—. *Eso* es uno de los Seis. No digo que el Séptimo sea más justo o más bondadoso que Karevan, por poner un ejemplo. Pero ha vivido largo tiempo encerrado en un cuerpo humano. Es capaz de *vern*os, porque conoce el mundo desde nuestra perspectiva; por pequeños y miserables que podamos parecerle, nos ve. ¿Dirías que Karevan es consciente de nuestra presencia? ¿Era consciente acaso de que Ynaf vivía justo debajo de la montaña por la que él estaba «paseando»? Yo diría que no.

—¡Pues, si no se da cuenta, habrá que decírselo! —exclamó Shail—. Podemos hablar con él, pedirle ayuda...

—¿Cómo? ¿De verdad crees que un dios escucharía la voz de un mortal?

—No sigas hablando —cortó Ymur con dureza—. No deberías decir esas cosas.

Pero el shek lo ignoró. Sus ojos azules seguían clavados en Shail.

—Ahí tienes a Karevan, Señor de la Piedra, padre de los gigantes. Puedes plantarte ante él y hacerle señales de fuegos multicolores, porque no será capaz de verte, dado que ni siquiera tiene ojos. Tal vez te perciba, como una pequeña cosa molesta que corretea por allá abajo. O puede que no se dé cuenta de que existes hasta que, sin querer, te haya arrojado encima un alud de nieve al pasar casualmente por allí. Ese es uno de los dioses a los que sirves, Shail. Ese es uno de los dioses a los que quieres pedir ayuda.

Todos lo miraban ahora con fijeza, mudos de estupor, pero Christian se limitó a volver la cabeza hacia las montañas, con gesto impenetrable.

—Eres un joven extraño —comentó el sacerdote.

—Puede que sepa de qué está hablando —replicó Ydeon.

Shail estaba conmocionado, con los ojos fijos en la montaña que se deshacía ante la simple presencia del dios Karevan. Con esfuerzo, logró apartar la mirada y se volvió hacia Christian para preguntarle; pero el joven había cerrado los ojos y se había llevado los dedos a las sienes, concentrado en algo que solo él parecía percibir. Inquieto, Shail lo vio sentarse sobre la roca, serio, como si acabara de recibir una información crucial. Quiso interrogarle al respecto pero no se atrevió.

—Si de verdad es Karevan, no puede ignorarnos —estaba diciendo Ymur—. Los gigantes somos sus hijos, nos creó de las entrañas de la roca en el principio de los tiempos.

—Entonces, ¿por qué echó abajo mi casa? —preguntó Ynaf suavemente.

—Deberíais desalojar la cordillera —dijo entonces Christian, alzando de nuevo la cabeza—. Si yo estuviera en vuestro lugar, emigraría al sur, a los confines de Nanhai, o incluso más allá... y esperaría que a vuestro dios no le diese por moverse de aquí.

Se levantó de un salto y dio media vuelta para marcharse. Ninguno de los gigantes hizo nada por detenerlo.

Shail pareció despertar entonces de un sueño.

—¡Espera! —lo llamó, y corrió tras él, como pudo, hundiendo su bastón en la nieve—. ¡Espera! ¿A dónde vas?

Christian se detuvo con brusquedad, y el mago casi tropezó con él. El shek se volvió hacia él, y Shail se dio cuenta entonces de que había en sus ojos un destello de emoción contenida.

—Me voy a Kazlunn —dijo, y el mago detectó un levísimo temblor en su voz—. Algo ha pasado con Victoria; hay cambios.